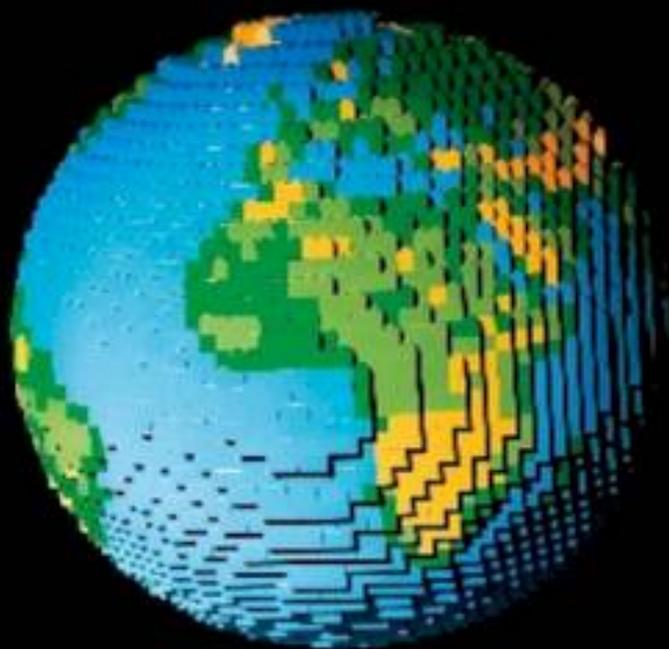


**Alessandro Baricco**



*The Game*



**ANAGRAMA**  
Colección Argumentos

## Índice

PORTADA  
USERNAME  
PASSWORD  
1978. LA VÉRTEBRA CERO  
1981-1998. DEL COMMODORE 64 A GOOGLE:  
1999-2007. DE NAPSTER AL IPHONE:  
2008-2016. DE LAS APPS A ALPHAGO: THE GAME  
COMENTARIOS A LA ÉPOCA DEL GAME  
THE GAME  
INDIVIDUALISMO DE MASAS  
POSTURA CERO  
OCASO DE LAS ÉLITES  
DESMATERIALIZACIÓN  
POSEXPERIENCIA  
REDESCUBRIMIENTO DEL TODO  
COMETAS  
OTROS ULTRAMUNDOS  
CONTEMPORARY HUMANITIES  
AGRADECIMIENTOS  
NOTAS  
CRÉDITOS

*A Carlo, Oscar y Andrea.  
A los siete sabios.  
A quien inventa cada día la Scuola Holden.  
Esta lección es para vosotros.*

- Username
- Password
- Play
- Maps
- Level Up

## USERNAME

Hace unos diez años escribí un libro que se titulaba *Los bárbaros*. En esa época solía ocurrir que muchas personas normales, y casi todas las que habían estudiado, se veían denunciando un hecho desconcertante: algunas de las acciones más elevadas, hermosas y dotadas de sentido que los humanos habían llevado a cabo tras siglos de dedicación estaban perdiendo lo más valioso que poseían, desliziándose en apariencia hacia un obrar desatento y simplista. Ya se tratara de comer, de estudiar, de divertirse, de viajar o de follar, no había mucha diferencia: los humanos parecían haber desaprendido a hacer todas estas cosas de buenas maneras, con la debida atención y con el sabio cuidado que habían aprendido de sus padres. Se diría que preferían ejecutarlas rápida y superficialmente.

Un desconcierto particular venía dictado por la cotidiana observación de los hijos: se les veía como presas de una inexplicable marcha atrás genética por la que, en vez de mejorar la especie, parecían perpetrar con plena evidencia una misteriosa involución. Incapaces de concentrarse, dispersos en un estéril multitasking, siempre pegados a cualquier ordenador, vagaban por la corteza de las cosas sin otra razón aparente que no fuera la de limitar la posibilidad de una aflicción. En su ilegible moverse por el mundo se adivinaba el anuncio de una forma de crisis y uno creía captar la inminencia de un apocalipsis cultural.

Fue un período irritante. Durante un tiempo pareció que el ejercicio de la inteligencia se solventaba por completo con la capacidad de denunciar la decadencia de esto y de aquello. Uno se pasaba el tiempo defendiendo cosas que estaban colapsando. Se podía ver a gente sensata firmando, sin ningún sentido del ridículo, manifiestos en defensa de las viejas lecherías o del subjuntivo. Uno se sentía mejor cada vez que lograba defender algo y evitar que el viento del tiempo se lo llevara. La mayoría se sentía legítimamente liberada de la obligación del futuro: existía la urgencia de salvar el pasado.

Debo añadir que se creía tener algún retal de explicación, frente a todo ese colapso de la civilización: el asunto no estaba nada claro, pero sin duda alguna tenía que ver con la revolución digital (todos esos ordenadores) y la globalización (todos esos mercados). En la incubadora de esas dos fuerzas irresistibles había madurado evidentemente una tipología de personas cuyas ambiciones no resultaban

comprensibles, cuya lengua se ignoraba, cuyos gustos no se compartían y cuyos modales se repudiaban: *bárbaros*, para utilizar un término que ya en otras ocasiones, en nuestra historia como dominadores del planeta, nos había servido para resumir la irritante diversidad de gente a la que no lográbamos entender ni domar.

El instinto era el de detenerlos. El prejuicio, extendido, que se trataba de destructores. Y punto.

Quién sabe, pensaba yo.

Y de hecho, entonces, escribí ese libro, y lo hice para aclararme a mí mismo y a los demás el hecho de que con toda probabilidad aquello a lo que estábamos asistiendo no era una invasión de bárbaros que barrían nuestra refinada civilización, sino una mutación que nos concernía a todos y que a corto plazo iba a alumbrar una nueva civilización, de alguna manera mejor que aquella en la que habíamos crecido. Estaba convencido de que no se trataba de una ruinoso invasión, sino de una astuta mutación. Una conversión colectiva a nuevas técnicas de supervivencia. Un giro estratégico genial. Pensaba en esos giros espectaculares a los que les hemos puesto nombres como Humanismo, Ilustración, Romanticismo, y estaba convencido de que estábamos viviendo un análogo y formidable cambio de paradigma. Estábamos haciendo girar nuestros principios ciento ochenta grados, como habíamos hecho en esas circunstancias históricas que luego se hicieron memorables. No había que tener miedo: todo iba a ir bien. Por muy sorprendente que pudiera parecer, pronto encontraríamos una buena razón para renunciar con serenidad a las viejas lecherías y, al final, al subjuntivo.

No se trataba de un optimismo idiota, como repetidas veces intenté explicar: para mí era realismo puro y simple. Cuando la gente cree vislumbrar la degradación cultural en un chico de dieciséis años que ya no usa el subjuntivo, sin fijarse, sin embargo, que para compensar ese chico había visto treinta veces las películas que a la misma edad había visto su padre, no es que yo sea optimista, es que ellos están distraídos. Cuando el radar de los intelectuales se centra en la estupidez ilimitada del libro que ha acabado en el primer puesto de los más vendidos y deduce de ello una catástrofe cultural, yo trato de atenerme a los hechos y acabo recordando que quien ha llevado ese libro hasta ahí arriba es un tipo de público que, solo sesenta años antes, no solo no compraba libros sino que era *analfabeto*: el paso adelante es evidente. Ante un paisaje semejante, no resulta fácil establecer con claridad quién es el que está re-

latando cuentos: si yo, con mi realismo quisquilloso, o ellos, con esa poética propensión a la literatura fantástica catastrofista.

Mientras perdíamos el tiempo discutiendo sobre esto, otros humanos, por regla general instalados en California, y por regla general pertenecientes a una élite escasamente llamativa, muy pragmática y dotada de cierto instinto para los negocios, estaban cambiando el mundo, y lo hacían TÉCNICAMENTE, sin explicar qué clase de proyecto para la humanidad tenían pensado, y quizá sin saber qué consecuencias iba a tener en nuestros cerebros y en nuestros sentimientos. No albergaban ninguna opinión sobre las lecherías ni sobre el subjuntivo: de la defensa del pasado, de hecho, se sentían legítimamente liberados. Existía la urgencia de inventar el futuro.

Más tarde, con inexplicable retraso, tuve ocasión de comprender que para mucha gente el paradigma de la decadencia representa un escenario cómodo, un campo de juego agradable. No hablo de las tragedias, ni de las catástrofes –que son, por el contrario, el hábitat preferido de ciertas minorías formadas por gente excepcionalmente smart–. Hablo de algo más vaporoso: por muy absurdo que pueda parecer, somos animales que suelen depositar los huevos donde estos puedan contar con una CIERTA ELEGANTE Y LENTA DECADENCIA. Además, hay que tener en cuenta que el plano inclinado de una desgracia moderada parece particularmente compatible con el tipo más extendido de inteligencia: la que es capaz de sufrimiento, obstinada en el paso, más paciente que imaginativa, sustancialmente conservadora. Dado que le resulta más fácil percibir el mundo cuando el mundo avanza con una velocidad mesurada, lo ralentiza; dado que en general le resulta más cómodo el juego de defensa, da lo mejor de sí en presencia de enemigos y catástrofes inminentes; dado que en general no tiene predisposición para el juego de ataque, tiene miedo al futuro.

Así, si les resulta posible, los humanos tienden a evitar una exposición demasiado prolongada al campo abierto de la invención, llevando a su tribu, siempre que pueden, al partido más apropiado para sus capacidades, es decir, a la salvaguardia de la memoria. Protegidos por las cosas que hay que salvar, reposamos, depositamos los huevos y aquietamos los tiempos futuros, posponiendo todo lo posible el próximo ataque de hambre que nos empujará fuera de las guaridas.

En cualquier caso, al final decidí escribir ese libro, y de hecho lo

escribí, por entregas, en un periódico: una forma que me parecía maravillosamente bárbara. Pensaba titularlo *La mutación*. Pero el director del periódico –un genio, en su campo– estuvo largo rato observando ese título y luego dijo simplemente: «No. Es mucho mejor *Los bárbaros*.»

A veces tengo buen carácter: lo titulé *Los bárbaros*.

Añadí un subtítulo: *Ensayo sobre la mutación*.

Y ya está.

Lo primero que pasó me pilló por sorpresa: me costó un montón de trabajo convencer a la gente de que no era un libro CONTRA los bárbaros. Tenían tantas ganas de oír que les dijeran de un modo convincente y brillante que todo estaba desmoronándose y que la culpa era de ESOS, que en cuanto veían el título mencionado se colocaban dentro de cierta modalidad mental por la que, leyendo lo que leyeran, leían que todo estaba desmoronándose y la culpa era de ESOS.

Os lo juro.

Tenía que repetir una y otra vez que los bárbaros, como explicaba el libro, no existen, somos nosotros, todos nosotros, que estamos cambiando, y de modo espectacular: venían a darme las gracias porque había denunciado los estragos que ESOS estaban perpetrando. Probablemente tendría que haber elegido como título *Vivan los bárbaros*, pero tampoco es seguro que eso hubiera resultado suficiente. Si uno está depositando sus hermosos huevos con tranquilidad en la guarida de sus cosas que salvar, protegido bajo la tibia colcha de una hermosa decadencia, no resulta nada fácil sacarlo de allí. La inercia colectiva se decantaba hacia la denuncia satisfecha de cierto apocalipsis que estaba por llegar, destinado a asfixiar el alma bella del mundo: invertir el curso de esos pensamientos era terriblemente difícil, a veces imposible.

Desde entonces han pasado unos diez años y ahora soy capaz de indicar algo que, entretanto, me ha tranquilizado: la narración colectiva ha cambiado, la tribu ha salido de las guaridas, y hoy son pocos los que han seguido explicándose lo que estaba pasando con ese cuento de algunos bárbaros que estaban apuntando hacia nuestras fortalezas, galvanizados por un grupo de comerciantes que tenían el botín como meta. Hoy la mayoría de la gente occidental ha aceptado el hecho de que está viviendo una especie de revolución –sin duda alguna tecnológica, tal vez mental– destinada a cambiar casi todos sus actos, y probablemente también sus prioridades y, en definitiva, la idea misma de lo que debería ser la experiencia. Quizá

tiene miedo de las consecuencias, quizá no la entiende del todo, pero a estas alturas tiene pocas dudas sobre el hecho de que es una revolución necesaria e irreversible, y que se ha emprendido intentando corregir errores que nos habían costado caros. De manera que la ha asumido como una tarea, como un desafío. No resulta extraño que crea que nos conducirá a un mejor mundo. Todavía queda mucha gente resguardada bajo el paraguas del relato de la decadencia, pero, como en una especie de reloj de arena, tienden a pasar uno a uno por el cuello de botella de sus miedos y alcanzar a los otros al otro lado del tiempo.

¿Qué ha pasado, se preguntará alguien, para hacernos cambiar de idea en tan pocos años y llevarnos a aceptar la idea de una revolución en la que nos lo estamos jugando todo?

No tengo una respuesta exacta, pero tengo una breve lista de cosas que hace veinte años no existían y ahora sí:

- WIKIPEDIA
- FACEBOOK
- SKYPE
- YOUTUBE
- SPOTIFY
- NETFLIX
- TWITTER
- YPOURN
- AIRBNB
- IPHONE
- INSTAGRAM
- UBER
- WHATSAPP
- TINDER
- TRIPADVISOR
- PINTEREST

Si no tenéis nada mejor que hacer, marcad con una x aquellas a las que, cada día, dedicáis una parte no insignificante de vuestro tiempo.

¿Unas cuantas, verdad? Cabe preguntarse en qué demonios ocupábamos antes nuestros días.

¿Hacíamos puzles de los Alpes suizos?

Esta lista nos enseña muchas cosas, pero hay una que debemos consignar aquí: en veinte años la revolución ha ido anidando en la

normalidad –en los gestos simples, en la vida cotidiana, en nuestra gestión de deseos y de miedos–. A ese nivel de penetración, negar su existencia es propio de idiotas; pero presentarla como una metamorfosis impuesta desde arriba y por las fuerzas del mal también empieza a resultar bastante dificultoso. De hecho, nos damos cuenta de que en las costumbres más elementales de nuestra vida cotidiana procedemos con movimientos físicos y mentales que hace solo veinte años habríamos aceptado a regañadientes en nuevas generaciones cuyo sentido no entendíamos y cuya degradación denunciábamos. ¿Qué ha pasado? ¿Hemos sido conquistados? ¿Alguien nos ha impuesto un modelo de vida que no nos pertenece?

Sería incorrecto responder que sí. En todo caso alguien nos lo ha PROPUESTO, y nosotros aceptamos cada día esa invitación, imprimiendo a nuestro estar en el mundo una precisa torsión respecto al pasado: en virtud de esta, hemos adquirido una posición mental que hace veinte años todavía podía parecernos grotesca, deforme y bárbara, y que ahora es, ateniéndonos a los hechos, nuestra forma de estar cómodos, vivos e incluso *elegantes* en la corriente de la vida cotidiana. La impresión de haber sido invadidos se ha desvanecido, y ahora prevalece la sensación de haber sido transportados más allá del mundo conocido, y de haber empezado a colonizar zonas de nosotros mismos que nunca antes habíamos explorado y, en parte, ni siquiera habíamos generado todavía. La idea de UNA HUMANIDAD AUMENTADA ha empezado a abrirse camino y la idea de formar parte de ella ha resultado más fascinante frente a lo temible que resultaba, en el punto de partida, la eventualidad de ser deportados hasta allí. Hemos terminado así permitiéndonos una mutación cuya existencia negamos abiertamente durante cierto tiempo –hemos destinado nuestra inteligencia a utilizarla, más que a boicotearla–. Anoto que la cosa nos ha llevado, entre otras cosas, a considerar el cierre de las viejas lecherías nada más que como un inevitable efecto colateral. En un tiempo muy rápido nos hemos puesto a abrir locales que son *citas de viejas lecherías*: es nuestro modo de decir adiós al pasado, metabolizándolo.

Que no se diga que no somos unos tipos geniales.

De manera que hemos enfocado bien el asunto y hemos corregido algunos desatinos de primera hora. Hoy sabemos que es una revolución, y estamos dispuestos a creer que es el fruto de una creación colectiva –incluso de una REIVINDICACIÓN colectiva– y no una degeneración imprevista del sistema o el plan diabólico de algún genio del mal. Estamos viviendo un futuro que hemos enajenado al

pasado, que nos pertenece, y que hemos deseado con fuerza. Este mundo nuevo es el nuestro: es nuestra esta revolución.

Bien.

Ahora es necesario concentrarse en un punto cuanto menos interesante: ES UN MUNDO QUE NO SERÍAMOS CAPACES DE EXPLICAR, ES UNA REVOLUCIÓN CUYO ORIGEN Y PROPÓSITO NO CONOCEMOS CON EXACTITUD.

Por Dios, a lo mejor hay alguien que tiene alguna idea al respecto. Pero en conjunto, lo que sabemos acerca de la mutación que estamos llevando a cabo es realmente poco. Nuestros actos ya han cambiado, a una velocidad desconcertante, pero los pensamientos parecen haberse quedado atrás en la tarea de nombrar lo que vamos creando a cada momento. Hace ya bastante que el espacio y el tiempo no son iguales: le está sucediendo lo mismo a lugares mentales que durante mucho tiempo hemos llamado pasado, alma, experiencia, individuo, libertad. *Todo* y *Nada* tienen un significado que hace solo cinco años nos habría parecido inexacto, y las que durante siglos hemos llamado obras de arte se han quedado sin nombre. Sabemos con certeza que nos orientaremos con mapas que todavía no existen, tendremos una idea de la belleza que no sabemos prever, y llamaremos verdad a una red de imágenes que en el pasado habríamos denunciado como mentiras. Nos decimos que todo lo que está pasando tiene sin duda alguna un origen y una meta, pero ignoramos cuáles son. Dentro de unos siglos nos recordarán como los *conquistadores*<sup>1</sup> de una tierra en la que hoy a duras penas seríamos capaces de encontrar el camino a casa.

¿No es fantástico?

Lo es, yo lo creo, y esta es la razón por la que estoy escribiendo este libro: me atrae ir a vivir un rato hasta donde la revolución que estamos haciendo blanquea, enmudece, se abisma. Donde no entendemos sus movimientos, donde esconde el sentido de estos, donde niega el acceso a las raíces de lo que hace. Donde se nos aparece como una frontera misteriosa. Praderas ilimitadas, ni una chimenea echando humo en el horizonte. Ninguna indicación. Tan solo el relato de algún pionero.

No querría dar la sensación equivocada de que tengo respuestas y de que estoy aquí para explicar.

Pero tengo algunos mapas, eso sí. Por supuesto, hasta que no emprenda ese viaje no puedo saber si son fiables, precisos, útiles.

Para eso escribo este libro, para hacer este viaje.

Para no perderme demasiado, usaré una brújula que nunca me ha decepcionado: el miedo. Sigue las huellas del miedo y acabarás en

casa: el tuyo y el de los demás. En este caso resulta bastante fácil debido a que hay miedos sueltos en abundancia y algunos no son en modo alguno estúpidos.

Por ejemplo. Hay uno que dice así: ESTAMOS AVANZANDO CON LAS LUCES APAGADAS. Es bastante cierto. No sabemos muy bien dónde nace esta revolución y menos aún cuál es su propósito. Ignoramos sus objetivos y de hecho no seríamos capaces de nombrar con una precisión decente sus valores y sus principios: conocemos los de la Ilustración, pongamos por caso, y no los nuestros. No con la misma claridad. De manera que si nuestro hijo nos pregunta adónde vamos tendemos a refugiarnos en respuestas evasivas [en la actualidad, «Dímelo tú» es la mejor: se infiere la urgencia de que alguien escriba este libro, incluso alguien que no sea yo].

OTRO SUENA ASÍ: ¿estamos seguros de que no es una revolución tecnológica que, ciegamente, dicta una metamorfosis antropológica sin control? Hemos elegido los instrumentos, y nos gustan: pero ¿alguien se ha preocupado por calcular, de manera preventiva, las consecuencias que su uso tendrá en nuestro modo de estar en el mundo, quizá en nuestra inteligencia, en casos extremos en nuestra idea del bien y del mal? ¿Hay un proyecto de humanidad detrás de los distintos Gates, Jobs, Bezos, Zuckerberg, Brin, Page, o tan solo hay brillantes ideas de negocios que producen, involuntariamente, y un poco al azar, cierta humanidad nueva?

HAY OTRO QUE ME GUSTA EN PARTICULAR: estamos generando una civilización muy brillante, incluso atractiva, pero que no parece capaz de soportar la onda expansiva de la realidad. Es una civilización festiva, pero el mundo y la Historia no lo son: dismantelar nuestra capacidad de paciencia, esfuerzo, lentitud, ¿no acabará produciendo generaciones incapaces de resistir los reveses del destino o incluso la mera violencia inevitable de cualquier sino? A base de entrenar habilidades ligeras –se empieza a pensar– estamos perdiendo la fuerza muscular necesaria para el cuerpo a cuerpo con la realidad: de aquí una cierta tendencia a difuminar esta, a evitarla, a sustituirla con representaciones ligeras que adaptan sus contenidos y los hacen compatibles con nuestros dispositivos y con el tipo de inteligencia que se ha desarrollado con sus lógicas. ¿Estamos seguros de que no es una táctica suicida?

MÁS SUTIL ES INCLUSO OTRO MIEDO, bastante extendido, y que no sería capaz de resumir si no es con estas meras palabras: cada día que pasa, la gente está perdiendo algo de su humanidad, prefiriendo cierta artificialidad más performativa y menos falible. Cuando pueden, delegan elecciones, y decisiones, y opiniones, a máquinas, al-

goritmos, estadísticas, clasificaciones. El resultado es un mundo en el que se percibe cada vez menos la mano del alfarero, para utilizar una expresión grata a Walter Benjamin: parece salido más de un proceso industrial que de un gesto artesanal. ¿Es así como queremos el mundo? ¿Exacto, esmerilado y frío?

POR NO HABLAR DE LA PESADILLA DE LA SUPERFICIALIDAD, que resulta letal. Esta obstinada sospecha de que la percepción del mundo dictada por las nuevas tecnologías se pierde una buena parte de la realidad, probablemente la mejor: la que late bajo la superficie de las cosas, allí donde solo un paciente, voluntarioso y refinado camino puede llevarnos. Es un lugar para el que acuñamos, en el pasado, una palabra que más tarde se hizo totémica: PROFUNDIDAD. Daba forma a la convicción de que las cosas tenían, si bien escondido en lugares casi inaccesibles, un sentido. Indicaba un lugar: ¿cómo negar el hecho de que nuestras nuevas técnicas de lectura del mundo parecen hechas a propósito para hacer imposible el descenso a ese lugar, y casi obligatorio un movimiento rápido e inagotable sobre la superficie de las cosas? ¿Qué va a ser de una humanidad que ya no puede bajar hasta las raíces, ni remontar hasta las fuentes? ¿De qué servirá la habilidad con la que salta entre las ramas y navega siguiendo la velocidad de la corriente? ¿Estamos volatilizando en una festiva nada la que será nuestra última representación?

Hacia años que no escribía tantos signos de interrogación de una sola vez.

Lo que pienso de esos miedos, y de miedos como esos, lo escribo ahora aquí: tenerlos, hoy, no es cosa de imbéciles, como de hecho algunos sectores más elitistas de la revolución intentan hacernos creer, sino que es el resultado de una suma de indicios que, en todo caso, sería de imbéciles ignorar. Pero también:

- dentro de cada uno de esos miedos hemos cosido la definición de un movimiento que estamos haciendo, y que gracias al cual vamos haciéndonos mejores. Así, si fuéramos capaces de responder a cada uno de esos signos de interrogación, encontraríamos en nuestras manos el índice de nuestra revolución. Porque el mapa de lo que estamos llevando a cabo está dibujado en el revés de nuestros miedos. De esta manera cruzamos la frontera hacia una nueva civilización: sin llamar la atención, escondiendo en el doble fondo de nuestras dudas la certeza clandestina de una cierta, una genial Tierra Prometida. □

Es un viaje bastante emocionante, hasta el punto de que con frecuencia me he visto a mí mismo demorándome en la contempla-

ción, con el resultado de quedarme atrás, y de perder el paso de quien lo está llevando a cabo de verdad. Desde esta perspectiva extraña, de cartógrafo retrasado y de sabio desinformado, sigo coleccionando anotaciones y bocetos en los cuales me atrevo a poner nombres y sitios. Sueño, en los momentos de más lúcido optimismo, con la precisión de un mapa, y con la composición de todas las intuiciones en la belleza de un mapamundi. Son escasos: sin querer malgastarlos, me ha parecido inevitable escribir el libro que estáis leyendo, algo que voy a hacer con todo el cuidado del que soy capaz.

- Username
- Password
- Play
- Maps
- Level Up